



SUMARIO

Á mi Madre.	PAZ DE BORBON.
Revista general.	El Dr. Fausto.
ERRORES POPULARES:	
Dos palabras más sobre el mal de ojo.	Dr. Rodriguez Pinilla.
La Medicina doméstica.	Dr. Pereiro Pull.
Idea del Cielo.	Concepcion Arenal.
PRECEPTOS DE LA CIENCIA:	
El mes de Abril.	Dr. Tolosa Latour.
La mision de la mujer.	Dr. Martinez Molina.
La herencia de un buen padre.	Dr. Letamendi.
Los vestidos de lana.	J. de Sandoval.
JUNTO Á LA CUNA:	
Viva y muerta.	Eugenio Sellés.
Cuidados al recién nacido.	Modesto Anuella.
CUADROS REALES:	
La madre.	R. Perez Galdós.
BENEFICENCIA:	
Cartas á un diputado sobre el Hospicio y los hospicianos.	Dr. Tolosa Latour.
El Hospital del Niño Jesus.	Antonio Guercía.
¡Povera bambina!	El Dr. Fausto.
El mejor maestro.	M. Ossorio y Bernard.
PENSAMIENTOS Y FRASES.	
Un epitafio.	Salomon, Carabal, Victor Hugo, A. Pinet, Señora Necker y Confucio.
DICHOS Y HECHOS.	
Publicaciones recibidas.	A. R. de P.
Correo (véase la cubierta).	

La Redaccion de LA MADRE Y EL NIÑO se complace en publicar la adjunta poesia de una dama tan ilustre por su cuna como por su claro talento, dechado de princesas españolas, que une su suerte á la de un príncipe tambien que ostenta el honroso título de médico.

Tan buena hija, ha de ser sin duda una excelente madre. Sea tan feliz como se merece.

AÑO I. — Abril, 1883

Á MI MADRE

¡Madre del corazon! Tan dulce nombre
Ilumina la historia de una vida,
Cual luz de amor, del cielo descendida,
Que Dios, en su bondad, concede al hombre.

Otros se afanan por hallar renombre
Y en ver en todo su ambicion cumplida;
Yo anhelo para tí, madre querida,
Mayor ventura que esplendor, que nombre.

Mostraste, cual ninguna cariñosa,
Los tesoros de amor que tu alma abriga,
Y fué tu eterno afan verme dichosa.

Por el cariño inmenso que nos liga,
En mis plegarias pido fervorosa
Que el Rey del cielo y tierra te bendiga.

PAZ DE BORBON

REVISTA GENERAL

Allá tambien hay quien se compeze de las miserias de madres y niños. Un pintor frances de gran corazon, Fernando Relez, al retirarse á su

Núm. IV

casa una noche halló unos pobres traperos. Una madre, con un niño de pecho y cuatro más á su lado, de los cuales el mayor no tenía aún ocho años. Los pobrecillos recogían con avidez los trozos de zanahorias ó los tronchos de col que había en la basura. Aquel cuadro le impresionó profundamente. Acercóse á la pobre mujer, bella todavía aunque consumida por el hambre y la miseria. — «Mi marido — exclamó la infeliz — me ha abandonado al verme embarazada por quinta vez; hemos sido expulsados de todas partes; desde entónces comemos cuando podemos y lo que encontramos.»

Una idea hermosa brotó en la mente del artista: salvar esa familia y presentarla retratada á los ojos de todo París en la Exposicion próxima. De esta suerte se vería constantemente esa escena real, proclamando hasta qué extremo de abandono se hallan muchas veces en capitales como la citada séres tan dignos de compasion.

Cuatro niños durmiendo sobre harapos. La madre dando el exhausto seno á una inocente criatura, y desvelada ante la luz del alba que no le trae ni consuelos ni esperanzas.

¡Bendito y redentor realismo!

Por las calles de Madrid y los paseos frecuentados á todas horas por transeuntes, circulan gran número de pobres. El mal, por lo visto, es irremediable. La caridad privada en este caso es infructuosa, pues da unos zapatos á un niño descalzo, y en la sombra un explotador de su simpática inocencia le despoja de ellos, con los cuales no inspiraría tanta lástima, y los vende para embriagarse. Es preciso pensar seriamente en el problema de la explotacion de niños por la mendicidad. Existe, sin duda, alguna sociedad organizada para explotar la compasion de las gentes. Es fuerza comprender que la caridad no consiste en dar á diez pobres *diez céntimos*, despues de rechazar á ciento; con esto no se consigue otra cosa que sostener el mal. Búsquese trabajo á esos que se quejan de no alcanzarlo. Amparar sin humillar... y hacer el bien por amor á la humanidad, hé aquí el gran secreto de las buenas obras verdaderamente duraderas.

¡Os acordais de Escolástica, la que cité en mi anterior Revista? Está sirviendo. ¡Ojalá sepan hacerle olvidar su vida bohemia y se convierta en una mujer hacendosa!

Para que se comprenda la importancia de vigilar un poco esas familias, baste trascribir un hecho que me ha referido el distinguido colaborador de LA MADRE Y EL NIÑO, Dr. Ovilo.

Un niño de seis años se presentó no hace muchos días á las autoridades. Al llegar á su casa, una choza en las afueras, no halló nadie. Hacía *cinco días* que faltaba de ella. Durante ese tiempo fué presa la madre, que no se acordó tampoco de hacer ninguna indicacion en el Gobierno respecto de su hijo... — ¡Qué consideraciones no inspira este hecho!

Me recuerda lo que ví en una de las calles ménos frecuentadas de Madrid la otra noche. Eran ya las doce, había llovido en abundancia, y no se hallaban más transeuntes que los rezagados de algun teatro, ó esos pobres que todas las noches se acercan á vosotros murmurando siempre: «*que no han comido nada hoy.*» Detras de mí me pareció oír una conversacion incoherente y desentonada. Volví la cabeza y hallé un ciego que, agarrándose con una mano á un chicuelo que le servía de lazarillo, accionaba con la otra, mascullando un monólogo ininteligible, en el que surgían de vez en cuando palabras obscenas, maldiciones y guturales risotadas.

El niño, descalzo, con las manos ocultas en los boquetes de su chaquetilla, saltando desde al aceira al arroyo, siguiendo el paso vacilante del ciego, caminaba con la cabeza baja sin decir palabra como si presentara la frente al helado gotear de la lluvia. De vez en cuando el ciego tropezaba con el quicio de una portalada, con un perro, con la arista de una esquina, y agarrándose con más vigor al muchacho, descargaba un golpazo sobre su cuello y proseguía su infame retahila... ¿Dónde dormiría aquel pobrecillo? ¿Qué será de él y de tantos más, forzados aprendices de un vicioso mendigar?

Confesemos que no han desaparecido en España los personajes más salientes de nuestra novela picaresca. Buscadlos, genios de la novela, buscadlos en las negruras de la taberna, en las zahurdas del crimen, y motradlos al público con ruda realidad y para eterna enseñanza.

Al hablar de los genios de la novela, todos pronunciarán el nombre de uno de ellos, á quien España entera ha tributado una ovacion tan entusiasta como cariñosa. Ya comprendereis que me refiero á Perez Galdós, al bondadoso protector de los niños, citado en la anterior Revista, al ilustre escritor que sabe comprender lo que más avalora el corazon de la mujer, el amor materno. Nuestros lectores que por rara excepcion no hayan apreciado este especialísimo aspecto del talento del insigne novelista, podrán hacerlo en este mismo número, gracias á la benévola amistad con que distingue la MADRE Y EL NIÑO.

La clase médica se halló brillante y numerosamente representada en el banquete. Todos cuantos concurren á ella pertenecientes, habían leído las obras del autor de *La Desheredada*. Por lo que respecta á niños, además de nuestros principales colaboradores, Martínez Molina, Letamendi, Pulido, Aza, Vega Rey, Ovilo, Calatraveño, etc., el Cuerpo facultativo del *Hospital del Niño Jesús* en masa, con su digno director, el distinguido médico-poeta Dr. Benavente, á la cabeza, acudió á esta manifestación solemne y excepcional, dado el carácter que dominaba en nuestro país respecto de los escritores modestos y de verdadero mérito.

¡Cuánto bien puede hacer por la infancia desvalida el pintor de *Pecado*, inculcando eternas y amargas verdades en los corazones de sus numerosos lectores!

Actualmente la novela desempeña una gran misión educadora, y encierra muchas veces trascendentes enseñanzas.

Precisamente hace poco tiempo se ha publicado una que ha de hacer mucho bien si se lee con detenimiento por las madres

Se trata de esa crianza frívola, falsa, de relumbron que forma señoritas simpáticas, que mata en gérmen muchas buenas esposas, y que lógica y fatalmente hunde en el abismo no pocas desventuradas criaturas.

En ese libro se ve de cerca el vidrioso resplandor de las piedras falsas, su hábil engarce, su ningún valor; apréndese á distinguir el fulgor de los *diamantes americanos*: lujo, vanidad, orgullo, que deslumbran breve espacio á muchas gentes, de esas puras luces que despiden los verdaderos brillantes: la virtud, la modestia, la bondad.

Su autor, D. José Ramon Mérida, pertenece á una familia de artistas ya eminentes, y hay que considerarle desde hoy entre los hombres de corazón que ponen su talento al servicio de las buenas obras, practicando con el ejemplo.

*
* *

Que ya se forma opinión, se escuchan nuestros consejos, se ama los niños, y las madres abren los ojos á la verdad, lo demuestran mil detalles que no tengo espacio de reseñar. Esta Revista alcanza el aplauso de todos, se comprueba la utilidad de algunos preceptos que parecían triviales prácticamente, y en ocasiones con llanto tardío... No hace mucho tiempo las personas que ocupaban un tranvía obligaban á unas niñeras no tuvieran los pequeños confiados á su custodia en la plataforma anterior, expuestos á una violenta corriente de aire, y nos citaban al hacerlo; la prensa transcribe los consejos higiénicos y se hace eco de toda explotación, en

una palabra, ahora más que nunca es preciso pronunciar en voz muy alta la palabra: ¡Adelante!

EL DOCTOR FAUSTO.

ERRORES POPULARES

DÓS PALABRAS MAS

SOBRE EL MAL DE OJO

No sin felicitarme por haber dado ocasión á que los lectores de LA MADRE Y EL NIÑO hayan podido saborear el erudito artículo del por tantos títulos respetable y respetado Dr. Benavente, me ha de permitir este señor que todavía insista en mis patológicas investigaciones sobre el *mal de ojo*. El respeto y la consideración que yo guardo á todos mis profesores, y muy especialmente á los que pueden ser ó han sido mis maestros, no disminuye en nada mi ardiente amor á la verdad, y el buscarla con perseverancia y fe, léjos de amenguar, exalta aquel respeto y consideración, con los que tampoco esta reñida la franqueza.

Comenzaré, pues, diciendo que la erudita contestación del Dr. Benavente no me ha satisfecho. Y esto, no porque deje de estar conforme con casi todas sus apreciaciones nosológicas, sino porque con ellas y con el origen que atribuye — y que yo no acepto — á lo que la creencia popular llama *mal de ojo*, ha hecho solamente lo que Alejandro con el nudo gordiano: cortar en vez de desatar. Me explicaré.

En mi anterior artículo, ó no tuve la fortuna de expresar con claridad mi pensamiento, ó es notorio que ni buscaba ni pedía el origen histórico de la frase *mal de ojo*. Lo que buscaba eran las relaciones ocultas que existir pudieran entre ciertas enfermedades de los niños que el Dr. Benavente determina con suma precisión, y la creencia popular, antiquísima y grandemente generalizada que atribuye esas enfermedades á un hechizamiento, á una acción exterior, que con error ó con verdad, con preocupación, ó con maravillosa intuición se dió en llamar *mal de ojo*. «A ese niño le han hecho *mal de ojo*»: ésta es la frase más usual.

El Dr. Benavente nos contesta diciendo: esa frase no es más que una superstición que, como la de los amuletos, nos vino del paganismo, oriunda de Grecia y Roma, y el vulgo la conserva. A esto es á lo que yo llamo haber cortado el nudo.

Verdad es que concluye su erudito artículo recomendando á las madres que mantengan la costumbre ó vuelvan á poner en práctica la de colgar al cuello de los niños, ó «prender á sus ropitas —

nos parece que será lo mismo — la cartera con los Santos Evangelios, no para librarles del *mal de ojo*, como hacían las romanas con el dios *Fascinis*, sino para que les preserven del garrotillo y del ataque al cerebro, mucho más perniciosos y malignos que los ojos de las fantásticas hechiceras y de las extinguidas brujas».

¡Qué cúmulo de reflexiones no habrán asaltado á los discretos lectores de LA MADRE Y EL NIÑO al leer ese consejo! Pues qué... ¿no sabe el doctor Benavente que las piadosas madres cristianas ponían, y siguen poniendo en nuestros pueblos y aldeas, esas carteritas y otros emblemas al cuello de sus hijos, cabalmente para preservarlos del *mal de ojo*? ¿Ignora acaso que en muchísimos pueblos de España y Portugal — que nosotros sepamos — las madres llevan todavía sus niños encanijados — enfermos del *mal de ojo* — á la sacristía ó á la misma casa de los señores curas para que éstos les lean los Santos Evangelios?

Por otra parte, el Dr. Benavente no puede ignorar, no ignora seguramente, que la Iglesia, desde los primeros tiempos del cristianismo, *se pronunció sabía y constantemente contra los amuletos, las figuras y emblemas, y contra la persuasión supersticiosa de que eran un remedio para preservar de alguna enfermedad*, conjurar maleficios, brujas y encantamientos; contra toda arte mágica, que dice el Decreto de Graciano, atribuyendo la condenación al concilio Ancyrano, y aún «*contra clericos has artes exercentes at fovescentes.*»

Ahora bien: ¿no ha reparado el Dr. Benavente que si en todo eso no hay contradicción flagrante, tiene por fuerza que haber misterio? Pues ese misterio es cabalmente el que nosotros deseábamos que investigase y desentrañase con su reconocida ciencia y experiencia. ¿Preservan del garrotillo y de los ataques al cerebro las carteritas y los escapularios prendidos á las ropitas del niño? Relacion misteriosa que el Dr. Benavente no explica, aunque recomienda el preservativo. Pero si las carteritas citadas preservan al niño del garrotillo y de los ataques al cerebro, ¿por qué razón no le han de preservar del *mal de ojo*? Las piadosas madres cristianas de nuestros pueblos creen á piés juntos que no solamente las carteras y los escapularios son preservativos del *mal de ojo*, sino que el hacer la señal de la cruz en la cara del niño impide el mal ó corta sus efectos. Esas mismas madres creen piadosamente que la mirada de un saludador preserva á un niño de la hidrofobia. ¿Es todo ello superstición y resabios del paganismo... ó lo uno sí y lo otro no? En cuyo caso, ¿en dónde y por qué la diferencia?

¡Vea el Dr. Benavente cuántas cosas ha dejado

por tocar; cuántas dificultades entraña el asunto; cuán deficiente ha sido su contestación; cuántos nuevos problemas ha suscitado con ella y deja sin solución! No voy yo á darla desde luego, ni mucho ménos. El asunto es grave y requiere muchas cuartillas; pero sí me he de permitir manifestar desde ahora mi humilde opinión, contraria á la del Dr. Benavente, en lo que pudiéramos llamar *diagnóstico histórico del mal de ojo*.

LLámese á esa creencia popular preocupacion, llámese la superstición ó error, ó mírese como un simbolismo de antiquísimas creencias ó intuiciones, no quiero ahora entrar en esa cuestión — tengo por indudable que no procede de griegos ni romanos, ni siquiera de caldeos, asirios y egipcios, como cree y afirma el Dr. Benavente. Basta decir que es popular la creencia para que no se la pueda atribuir semejante origen. Otro muy diverso es entre nosotros, y en la generalidad de las naciones de Europa, el de los usos, hábitos, costumbres y creencias populares de ese género. Los hechizos, las hadas, los encantamientos, los dragones, los malados ó malattos, los lobo-hombres, etcétera, etc., proceden del Norte, tienen origen gótico-germánico, reimpreso y algunas veces exagerado por el contacto con los árabes; vienen de donde vinieron los misterios del muérdago, el roble de Yggdrasil y la fuente de Urda. Y esta no es sólo opinión nuestra — que por serlo fuera de poco peso — es la de historiadores y críticos como Thierry, como Romey, como Michelet, como Herkulano, como Laurent, como Theophilo Braga; es opinión hoy día casi general é inconcusa. Lo demuestran nuestros cronistas, nuestros romanceros, toda nuestra poesía popular.....

No es esto decir que los romanos no fueran dados á ídolos y á hacer de sus emblemas amuletos. Pero, en primer lugar, eso no tiene nada que ver con lo que en la Edad Media se ha llamado, entre nosotros, hadas, encantamientos, hechizos, *mal de ojo*, etc., etc. Y en segundo lugar, que es bien sabido lo que los romanos nos dejaron y lo que nos quitaron. Su *Fascinis* no ha sido divinidad entre nosotros, ni nos impusieron sus dioses. Nos dejaron los nuestros y nuestras leyes, usos y costumbres. «El dominio romano en el territorio de la Península, no ejerció ninguna influencia orgánica. Roma conquistaba con sus legiones, pero no poblaba; dejaba á las poblaciones sometidas sus dioses, sus leyes, sus usos y costumbres, y las explotaba con la absorbente administración de su gobierno militar» (1).

(1) Theoph. Braga, *Epopéas da raça mozarabe*, cap. I, página 6.

Pero ¿á qué cansarnos? En esto mismo conviene implícitamente el Dr. Benavente al citarnos el *Dictionnaire infernal*, puesto que no es á los romanos, sino á los moros, á quienes allí se atribuye lo de las hechiceras que mataban con la mirada.

Hecha esta rectificacion, y quedándonos mucho por decir, ponemos fin á este artículo, que es tal vez demasiado largo para LA MADRE Y EL NIÑO.

DR. RODRIGUEZ PINILLA.

LA MEDICINA DOMÉSTICA

Bajo el epígrafe *Errores populares*, y sintetizados en las frases *Teta y gloria* y *Mal de ojo*, ha publicado en este periódico el reputado Dr. Benavente dos curiosos artículos, en los que, con gran competencia, singular acierto y rara erudicion, pone de manifiesto las preocupaciones que reinan entre ciertas gentes respecto de algunos puntos que atañen á las enfermedades de la infancia.

Felizmente tales errores van desapareciendo poco á poco, y hoy casi son patrimonio exclusivo de aquellas clases sociales en las que más se conservan las tradiciones, y adonde todavía no ha alcanzado la luz de la civilizacion.

Pero no por eso dejan de existir entre las personas de mayor ilustracion y más sano criterio otros errores tan funestos y sin duda más trascendentales. Intentaré presentarlos á la consideracion de los lectores de LA MADRE Y EL NIÑO, lamentando que estas líneas no sean trazadas por pluma más autorizada que la mia, y que mis consejos no sean tan persuasivos como convendría en interes de los niños y de la sociedad en general.

La instruccion de la mujer. Hé aquí uno de los problemas que actualmente preocupa más á los legisladores y reformadores sociales. ¿Qué límites debe tener esta instruccion? Ningunos, contestarán atrevidamente muchos; otros pretenderán fijarlos; pero, respecto á este punto, no es fácil que exista conformidad de pareceres. Sin embargo, es creencia general que, aparte de otros conocimientos, debe la mujer cultivar la higiene, y hasta es conveniente que posea lo que se ha dado en llamar *Medicina doméstica*.

No queremos la ignorancia para la madre, ni ménos nos oponemos á que adquiera los conocimientos necesarios para el cuidado de sus hijos; pero no estará de más que demostremos los peligros de una instruccion superficial, en cuanto — entiéndase bien — ésta da una confianza temeraria, siendo causa, por tanto, de numerosos é irremediables desaciertos.

Enseñad á la mujer que la carne cruda nutre, que los baños fortifican y que la gimnasia desarrolla el organismo; probadles, si quereis, estos asertos; quizá no necesitareis muchos esfuerzos para fijar tales principios en la imaginacion de una madre, siempre deseosa de dotar á su hijo de la *mayor suma* de salud posible. No temais que olvide lo que sólo una vez le habeis indicado, y hasta podeis tener por seguro que con satisfaccion repetirá vuestros consejos, procurará inculcárselos á cuantas personas la rodeen, y para ello echará mano de la persuasion, expondrá una por una vuestras razones, y si es preciso invocará la autoridad de vuestro nombre.

¡Qué instruccion tan funesta! ¡Qué confianza tan peligrosa!

Es preciso decirles á las madres que esas ideas que oyeron exponer á autorizados labios, cuando de un caso concreto se trataba, no tienen siempre aplicacion, ni pueden ser consideradas como inflexibles leyes generales.

En ocasiones, la carne cruda extenua á los tiernos niños. Muchas veces los baños quitan las fuerzas que en ellos se pretendía encontrar. No siempre los ejercicios gimnásticos evitan, y, lo que es peor, á veces favorecen el desarrollo de enfermedades que aparecen ante los ojos de los padres como aterradores fantasmas, ya porque la endeble organizacion del niño hace concebir fundados temores, ya porque antecedentes de familia obligan á pensar en la probabilidad de una triste herencia.

Acaso me pedireis — á las madres me dirijo — que os señale esas excepciones; que ponga de manifiesto las circunstancias en que se contradice la ley general; que presente los hechos consecuencias de tan funestos errores; y... ¡hasta que los explique!... ¿No adivinais que esto equivaldría á exponer todo un curso de Medicina?

Yo creo que la instruccion de la mujer debiera consistir en que ésta se convenciera de que un grado más ó ménos en la temperatura del baño, un segundo más ó ménos de duracion, un detalle, en apariencia el más insignificante, respecto de las circunstancias en que se tome ó de la forma en que se da, ejerce poderoso influjo é inducen modificaciones de importancia en el resultado del tratamiento, hasta el punto de que no es extraño suceda se encuentre la muerte, ó por lo ménos la agravacion de la enfermedad allí donde se creyó hallar un manantial de vida y de salud para los niños.

Yo quisiera que la mujer se convenciese de que la alimentacion animal produce, en edad temprana, afecciones frecuentes del tubo digestivo y perturbaciones en la nutricion de la mayor importancia; y que aún más tarde determina, si es exclu-

siva, una detencion notable del desarrollo, cuando no el raquitismo.

Yo desearía que ninguna madre ignorase que los ejercicios gimnásticos, al decir de renombrados prácticos ingleses, favorecen el desarrollo de una de las más terribles enfermedades de la infancia, la cual, por otra parte, ataca de preferencia á los niños de constitucion endeble y de ciertos antecedentes hereditarios; es decir, á los niños en quienes el vulgo ilustrado considera de más utilidad el uso de dicho medio higiénico.

Yo, por fin, procuraría que la mujer se penetrase de que los agentes terapéuticos que dejó mencionados son provechosos, eficacísimos en ocasiones, porque no son inertes, porque gozan de gran actividad y esta actividad debe hacer temer desde luego los peligros de un empleo inoportuno, y ha de imponer al mismo tiempo la necesidad de una determinacion exacta de la dosis. Y ya que los padres no pretenden conocer las indicaciones del opio, de la digital y del arsénico, y no se atreven tampoco á señalar las dosis de estos medicamentos, con igual prudencia deben caminar, de idéntico modo sería conveniente procediesen tratándose de otros agentes no ménos activos ni de aplicacion ménos peligrosa.

Quizá direis que son excepciones todos los hechos de que me he ocupado, y aún añadiréis que ellas confirman la regla general. Contestaré que, respecto á conveniencia ó no conveniencia de los baños y á las condiciones de éstos, cada niño necesita una prescripcion particular; y en cuanto á los demás particulares de que á la ligera he tratado, aún reconociendo que no están en mayoría aquellos casos en los que rutinarios prácticos acarrearán funestas consecuencias, yo pregunto: ¿os conformais con conocer la regla general, tomándola como guía de vuestra conducta, sin preocuparos de si por acaso vuestros hijos no se hallarán comprendidos en ella?

Confiad algo ménos en vuestra instruccion, en cuanto á la educacion física de los niños se refiere; dad más importancia á la del médico, y no tendréis que lamentar más de una vez los funestos resultados de la medicina doméstica.

DR. F. PEREIRO PULL.

IDEA DEL CIELO

(INÉDITA)

Quise comprender el Cielo,
Ese misterio profundo,
Esa aspiracion del mundo
Hacia otro mundo mejor.

Quise comprender la vida
Que está despues de la muerte,
Donde no hay pasion, ni suerte,
Ni pecado, ni dolor.

Quise de aquella ventura
Que en mis sueños de poeta
Yo imaginara completa,
Ver la expresion ideal.

Fije con ansia los ojos,
Y ví en la Naturaleza
La alegría y la tristeza
Mezcladas, y el bien y el mal.

Penetrar quise del hombre
En el misterioso abismo,
Y á los otros y á mí mismo
Pertinaz interrogué.

Y de la dicha celeste,
De la inefable ventura,
Eterna, completa, pura
Ninguna huella encontré.

Odios, envidia rastrera,
Y falsedad y codicia;
Locura, errores, malicia,
Ignorancia, vanidad,

La gloria que nos deslumbra
Y á ninguno hace dichoso,
El orgullo desdeñoso
Y la pálida amistad.

El arte con su vacío
Y con sus dudas la ciencia,
Sin entrañas ni conciencia
La inexorable ambicion.

El amor, ese poder
Á ninguno comparable
Si no es pasion, despreciable
Y terrible si es pasion.

La señal de aquella dicha
Que tanto yo ver ansiaba,
Y siempre y doquier buscaba
Sin jamás poderla hallar,

En el arte, ni en la ciencia,
En la gloria .. en el cariño...
La dulce risa de un niño
Me la vino á revelar.

La frente que no ha pensado,
La boca que no ha mentido,
Los ojos que no han vertido
Lágrimas del corazon,
Es el secreto que un día
Feliz la madre sorprende,
Y que ella sola comprende
Por celeste inspiracion.
¿Con esa angélica risa
Por qué saludar á un mundo,
Donde el mal es tan profundo
Y tan agudo el dolor?

Esa expresion que no tiene
Con ninguna semejanza,
¿Es recuerdo? ¿Es esperanza
De alguna vida mejor?

¡Quién lo sabe! Está cubierta
Con un misterioso velo,
Pero da idea del Cielo

Y estando de su hijo en pos
Al contemplar esa risa
Dulce como una quimera,

Fué una *Madre* la primera
Que dijo al mundo: HAY UN DIOS.

CONCEPCION ARENAL.

PRECEPTOS DE LA CIENCIA

EL MES DE ABRIL

Las bruscas variaciones de temperatura que se experimentan durante este mes, las lluvias que segun costumbre abundan, obligan á ser muy cautas en este período primaveral á las madres.

No convendrá despojar los niños de sus ropas de abrigo, sobre todo cuando salgan á los paseos, ni exponerles al sol. Las madres no abandonarán tampoco la ropa interior, especialmente los pantalones.

No se dejará en poder de los niños naranjas ú otras frutas cuya corteza presente moho. Se vigilará mucho la alimentacion, pues de no hacerlo así pueden presentarse trastornos gástricos de cuantía y muy comunes en esta época.

En los niños que hayan padecido fiebres eruptivas, por desgracia frecuentes durante el pasado mes, será muy vigilado el aparato respiratorio, pues las complicaciones y consecuencias de aquellas enfermedades son más graves que la enfermedad misma.

LA MISION DE LA MUJER

La madre, ese ángel tutelar de la infancia, más sensible, más paciente que el padre, más apegada al nuevo sér desde el momento en que fué concebido, nodriza natural que da el producto de su misma sangre para conservarle la existencia, es la única llamada á desarrollar aquella tierna inteligencia y á modelar aquel flexible corazon, engendrando en él hábitos suaves, benéficos y apacibles; ella es la más adecuada para esbozar aquellas facultades dormidas en el lecho de la impotencia orgánica; ella la destinada á despertar y dirigir por sendero recto aquellos instintos que sólo esperan la fresca brisa del consejo materno; ella es la que ha de ocultar en aquella tierra vírgen las primeras semillas de la virtud, del respeto y del deber; ella es, en fin, la que, poniendo en juego su prudencia, su amor, su modestia, su paciencia y todas las demás virtudes, dé la pauta á la familia y en ésta á la sociedad entera.

¿Y podrá ponerse en duda ni por un momento la conveniencia, la necesidad de educar á la mujer llamada á desempeñar un papel tan honroso, tan alto y tan trascendental en la vida social? En buen hora que no se abran establecimientos profesionales para la educacion científica de niñas, análogos

y separados de los destinados á los jóvenes del otro sexo, como las conveniencias sociales y morales exigían; pero al ménos que se amplíe en establecimientos *ad hoc* la enseñanza de la mujer, abriendo en su claro talento y fresca imaginacion nuevos horizontes en beneficio de la prole, y á la vez nuevos medios de existencia que puedan ponerla al abrigo de la necesidad y asegurar su porvenir. Así tambien podrá tomar parte activa é ilustrada en los consejos de la familia, haciéndose respetable doblemente por su sexo y por su cultura.

Si alguna vez (y el caso, para honra y orgullo de la hermosa mitad del género humano, no es infrecuente) por vocacion, por instinto, y obedeciendo á las condiciones de una feliz organizacion cerebral, la mujer se ve impulsada á cultivar las letras y las ciencias, favorezca esa tendencia por todos los medios que las circunstancias permitan, aún á costa de la atrofia de los instintos maternos; que en la tierra de Santa Teresa de Jesus, en la que brotan espontáneamente tantos ingenios femeniles, no hemos de regatear los recursos que nos pide, en calidad de reintegro, la que nos llevó en su seno y nos dió la existencia.

DR. MARTINEZ MOLINA.

LA HERENCIA DE UN BUEN PADRE

El hombre que cree ver en las cosas riqueza, en sí las busca; y como es condicion humana la abnegacion paternal, afánase el padre en proporcionar á sus hijos todo cuanto juzga un bien para sí propio; y hé aquí que el mal se hereda, pero ni más ni ménos que se heredan las diátesis, por degeneracion. Parémonos un instante, que el caso vale la pena.

Los padres que, cegados por tales errores, consideran como riqueza los bienes que constituyen su caudal, redoblan sus esfuerzos, á compas que su prole aumenta, con el único fin de poder legar á los hijos sendas fortunas. Mas como los hijos, sobre hallarse con tan pingüe legado y sin preparacion de virtud para hacer uso de él, están faltos de una cualidad que si quiera el padre acaso tuvo, y fué la vocacion por el trabajo, resultan aquéllos moralmente muy inferiores á éste, presentándose en ellos una segunda causa de muerte prematura, que es la disipacion por incapacidad de valorar aquello mismo que consumen: achaque en cierto modo naturalísimo, porque, dada la tendencia fatal, indeliberada, del hombre á la felicidad, quien no encuentra en sí ningun elemento de ella, va á buscarlos todos fuera de sí; y como las cosas externas no poseen el secreto ni la buena voluntad de hacer dichoso á nadie, puesto que *nemo dat quod non habet*, propenden á embrutecer á quien de ellas toma

consejo, porque *unusquisque dat de quod habet*, engendrándose por este sencillo mecanismo la curva genealógica, tan peregrinamente descrita por el dicho cubano: «*padre pulpero, hijo caballero, nieto pordiosero*». Esta es, bien lo saben todos, la fórmula precisa de todas las genealogías que hoy produce el error económico de creer que las cosas son riqueza en sí. En este particular, mi opinión es también terminante: legítimos propósitos son los del padre de dejar rica su prole; pero la riqueza del hijo debe consistir, no en una simple testamentaria de caudal, sino en su transformación; y así como el hijo no es la parte amputada del padre, sino la transustanciación genésica de su individualidad, así la herencia no debe ser la parte separada de los bienes del padre, sino la transformación efectiva de estos bienes en elementos morales de ventura.

Si quereis, pues, ¡oh padres! dejar positivamente ricos á vuestros hijos, arruinaos en su educación; es el consejo más seguro que puedo daros; y si morís dejándoles menores, haced que hereden, vinculado en un programa del complemento de ella, una gran parte de lo que en otra forma de herencia, en tanto que forma exclusiva sería su disipación y su ruina.

DR. JOSÉ DE LETAMENDI.

LOS VESTIDOS DE LANA

Hay necesidad, además, de revisar una por una ciertas prácticas viciosas muy admitidas en la culta Europa, relativas al alimento y al vestido de los niños.

(DR. MARTINEZ MOLINA.)

Cuando una persona tan competente como el Dr. Martínez Molina sienta la proposición que antecede, parece que nadie puede dudar de la necesidad y utilidad de la revisión que indica. En este concepto, el que escribe estas líneas, que ni es médico ni tiene título alguno que le autorice á tratar estos asuntos, á no ser su amor á los niños y el deseo de que su educación física y moral se perfeccione en bien de la humanidad, cree se le dispensará su deseo de contribuir con un grano de arena, que acaso unido con otros pueda formar parte del edificio que todos debemos tratar de construir, para que llegue pronto el día en que se eduque física, intelectual y sentimentalmente al niño con arreglo á bases científicas, como dice el Dr. Tolosa Latour en la pág. 202 de su libro titulado *El Niño*.

Hay muchas prácticas que revisar y errores que desvanecer respecto á la educación física de los niños. Hay asuntos de primera importancia que tratar, y tal vez tenga poca el que voy á elegir; pero la casualidad ha hecho que cayera en mis manos un suelto del periódico *El Liberal* del 21 de Febrero de este año que dice así: «En Nueva-York

se ha entablado una demanda de indemnización por daños contra un almacén de ropa que vendió un par de medias con franjas amarillas, azules y color castaña á M. J. F. Riday, con las cuales se envenenó á las seis horas de tenerlas puestas. Los pies se le hincharon; el médico opinó que estaba envenenado por absorción; el paciente ha tenido que guardar cama cinco semanas, y aún no está bien del todo. La indemnización que reclama es de 10.000 pesos.»

La lectura de este suelto, y el ver que casi todos los niños usan medias de color, me ha inducido á decir algo sobre esta prenda de vestir, formulando las siguientes preguntas:

¿Es conveniente que los niños sanos usen medias de lana? ¿Es conveniente que sean de color? No. El fundamento de esta contestación negativa se halla en las siguientes citas de varios higienistas, de los cuales sólo se copian los renglones más precisos, á fin de no alargar demasiado estos apuntes.

«El uso racional y metódico de la lana sobre la piel, es uno de los más preciosos recursos de la Terapéutica... Pero su uso intempestivo es causa también de un sin número de enfermedades. Los que desde más ó menos jóvenes se acostumbran á la camisola, calzoncillos y medias de lana, no sólo se obligan á usar lana toda su vida, sino que se privan de un eficacísimo recurso que indudablemente necesitarán á cada paso durante su vida... Los vestidos de lana requieren una limpieza suma... y retienen tenazmente las emanaciones animales... Conviene que los vestidos estén bien teñidos, pues se han observado accidentes desgraciados producidos por tintes ó colores que, después de haber perdido y manchado la piel, han sido absorbidos por este órgano (1).»

«No debe obligarse á los niños á que gasten medias ó almillas de lana, porque, siendo su piel en extremo irritable, les predisponen á contraer enfermedades (2).»

«Nunca se clamará demasiado contra la absurda manía que tienen algunos padres de obligar á los niños sanos á llevar medias de lana...»

«Para terminar lo que tiene relación con el color de los vestidos, diremos que, según algunos autores, han sobrevenido varios accidentes de resultados del tinte de las telas, destiñéndose éstas, manchando la piel y absorbiéndose la materia colorante (3).»

«Y los de lana (vestidos), aún peores conductores del calor, abrigan, por lo mismo, más, y producen por su aspereza un estímulo en la piel, rete-

(1) Monlau, *Higiene privada*, págs. 58 y 60.

(2) Haro, *Higiene y medicina doméstica*, pág. 144.

(3) Londe, *Tratado de Higiene*, tomo II, págs. 467 y 471.

niendo en ésta las excreciones, inconvenientes que son mayores en las cubiertas de pelos, pieles y plumas, etc... No es indiferente para la salud la clase de mordiente y tinte que se da á las telas, que pueden dañar, como cuando por ejemplo se emplean sales plomizas, y ha ocurrido con la corallina, producto colorante precedente del ácido fé-nico (1).»

De lo expuesto se deduce que si bien la lana, en la estacion fría, es útil para proporcionar mayor abrigo al individuo, no debe usarse sobre la piel, á no ser por prescripcion facultativa. Muchas de las enfermedades cutáneas tan frecuentes en la antigüedad, eran producidas por el uso de túnicas de lana sobre la piel, cuyas dolencias han desaparecido en gran número desde que se usa la ropa blanca interior, con la cual no son ya tan comunes las abluciones prescritas por las legislaciones de Moisés y Mahoma, cuyo objeto principal era separar del cutis las partículas excretorias que le son extrañas y facilitar la respiración ó exhalacion cutánea, cuya supresion es tan perjudicial á la salud. Por estas razones es tambien nociva la costumbre de dormir con medias, porque retienen la traspiracion de los piés, que puede ser reabsorbida en parte, é impiden que el roce de las sábanas limpie la piel de estas extremidades, sobre todo en los casos en que la poca frecuencia de las lociones hace necesario este medio supletorio.

Para concluir estos apuntes, diré que si estos detalles parecen nimios ó de poco interes, todo lo que se refiere á la educacion moral ó física de los niños requiere un estudio especial, y no hay nada indiferente; pues como dice el Dr. Martinez Molina, hasta el canto monótono y soporífero que acompaña á los movimientos pasivos de los niños merece un estudio especial.

JOSÉ DE SANDÓVAL.

JUNTO Á LA CUNA

VIVA Y MUERTA

EN PRESENCIA DE DOS RETRATOS QUE REPRESENTAN
Á UNA NIÑA EN VIDA Y EN MUERTE

LO QUE HACE EL ARTISTA

La misma niña, igual rostro,
La misma figura bella:
Aquí de pié, allá tendida,
Acá jugando, allí quieta.

1) Pereda, *Historia natural, Fisiología é Higiene*, pág. 426.

Igual brazo, aquí flexible,
Abrazando á su muñeca;
Allí á lo largo del cuerpo
Crispado, duro y sin fuerza.
La misma boca menuda,
Aquí riente, allá seca.
¡Vida ó muerte! ¿Qué otro afán
Ni otro cambio representan
Que en el lienzo el de postura
Y el de tinta en la paleta?
¡Tomar la línea hácia el cielo,
Ó tenderla hácia la tierra;
Pedir color á la rosa,
Ó pedírselo á la cera!

LO QUE PIENSA EL MUNDO

Entre retrato y retrato,
¡Qué poca distancia media!
Casi de un golpe la vista
Los abarca y los contempla.
El mismo carbon los traza,
El mismo pincel los crea,
Y hasta el lienzo está cortado
Quizá de una misma pieza.
Los separa un palmo de aire.
¿Qué tiempo? Un segundo apenas;
Sombra y luz de un mismo día,
Vida y muerte, ¡estais bien cerca!

LO QUE SIENTE UN PADRE

¡Cuántas caricias salieron
De esas manos nunca quietas!
¡Qué sonrisas de esa boca!
¡Qué palabras de esa lengua!
La llamo, y no abre los ojos;
La beso, y no me contesta:
Lloro y grito, y no se asusta,
Y la oprimó y no se queja!
¡Ah! Entre el palmo y el segundo
Que la apartan, viva y muerta,
Hay todo un mundo por medio,
Y una eternidad sin verla!

EUGENIO SELLÉS.

CUIDADOS AL RECIEN NACIDO

Mientras el médico cumple con su deber junto á la madre, hé aquí los cuidados que toda persona encargada del recién nacido debe tener presentes:

- 1.º Limpiar de mucosidades su boca y cuidar que el llanto sea expedito, para lo cual se le inclinará á un lado.
- 2.º Sea cualquiera la época del año, tendrá preparadas sábanas calientes para recogerle, así como para secarle despues de lavado.
- 3.º Su limpieza se hará en un baño tibio con jabon por todo el cuerpo.
- 4.º La cabeza y los ojos serán objeto despues de un lavado especial. Estos últimos se limpiarán cuidadosamente con una disolucion desinfectante, que ordenará previamente el médico.

5.º Una vez terminada esta operacion y bien seco el cuerpo del niño en las sábanas calientes, se le espolvoreará con polvos de arroz, cuidando de no recargar la cantidad.

6.º Hecho esto se procede á la envoltura, teniendo en cuenta que no hay que abrumar de ropa á la criatura, que las chambritas y el primer pañal han de ser de tela fina; que la venda del ombligo no ha de estar muy apretada, así como la faja que no debe oprimir nunca el pecho, teniendo las gorritas la suficiente amplitud para no ceñir demasiado la cabeza, sin caer las puntillas sobre la frente.

7.º Se colocará un pañal entre las piernas, de modo que sea fácil quitarlo en cuanto se ensucie sin desenvolver y enfriar el niño.

8.º Debe acostumbrarse al pequeño á que permanezca en la cuna desde los primeros días, respetando, sin embargo, en cierto modo, los deseos de la madre de tener cerca á su hijo; pero haciéndola comprender que esto no es conveniente para ninguno de los dos.

9.º Si el niño es vigoroso, se le podrá dar todos los días un baño general; de todas suertes, la limpieza ha de ser grande siempre.

10. Se regularizarán las horas de mamar, respetando el sueño.

11. Cuando el niño llorase despues de mamar, se investigará cuidadosamente la causa.

12. Se pesará con frecuencia el niño para comprobar su crecimiento.

CUADROS REALES

LA MADRE (1)

¡Qué horas las de aquella noche! En ellas no pasaba nada, y, sin embargo, trascurrían llenas de interes, como los años de la historia preñados de pasmosos acontecimientos. La excitacion nerviosa de Pepa era tan grande, que parecía tocada de locura; llorando parecía reir, y sus palabras entrecortadas, sueltas, á veces incoherentes y sin sentido, anunciaban el extraordinario desvarío de su alma, vacilante entre la desesperacion y la esperanza. A veces temblaba como una vieja decrepita, á veces iba de aquí para allí como una niña que no sabe lo que hace.

Y Monina, despues de expeler mayor cantidad de falsas membranas, seguía sudando copiosamente. Aquel sudor parecía un rocío del cielo. El color amoratado de su rostro iba desapareciendo, y en

sus mejillas alboreó ligero tinte rosado. Daba alegría ver cómo apuntaban las flores de la vida en aquello que había sido yermo de muerte. Su respiracion era blanda, y en sus labios mudos, ligeramente dilatados, apuntaba tambien el capullo de la más hermosa flor de la infancia, que es la risa. No se podía verla sin esperanza; no era posible desechar aquella esperanza que se apoderaba del alma por virtud sobrehumana, como una inspiracion del cielo.

Aclaraba el día cuando Moreno se volvió hácia Pepa y la habló así:

— Ya es hora de poder decir algo positivo.

— ¿Sí?

— Mi hija...

— Pues la niña — añadió el médico estrechando la mano de Pepa — está fuera de peligro. Una reaccion sudorífica precedida de la expulsion de las membranas, nos la ha salvado. Leon quería intentar la traqueotomía... La disolucion cáustica, obrando sobre la mucosa, nos ha devuelto la joya que creíamos perdida.

Pepa le besaba las manos llenándoselas de lágrimas.

— No he sido yo, señora, ha sido la Naturaleza, y el tártaro y la disolucion cáustica... en una palabra, la Naturaleza sola, ó mejor dicho Dios sólo. Ahora es tiempo de que yo descanse un poco.

Despues de dar breves instrucciones se retiró.

Pepa se había quedado muda. La alegría no le permitía decir nada. Se puso á rezar, y estuvo en oracion más de media hora. Leon estaba junto al lecho con la frente apoyada en las manos. De pronto sintió una voz que le llamaba. Miró y vió á Pepa junto á él.

— ¡Qué día y qué noche has pasado! — le dijo ésta. — Horas de ansiedad, de muerte, y despues de alegría. Tú no eres padre; si lo fueras ¡bienaventurados tus hijos!... El interes que has mostrado por esta niña de una familia que no es la tuya...

— Ese interes es un cariño irresistible, que aún aquí no me puedo explicar. Parece una aberracion, una locura.

— ¡Locura!... eso no. Yo quiero que ames á mi hija. Mira, Leon; si vivo mil años no olvidaré estas horas en que tanto ha padecido y trabajado mi pobre alma, y lo que ménos olvidaré será aquel momento, que fué el más solemne y crítico de esta noche, y aquellas palabras que oí y que están en mi memoria como si las hubieras estampado con fuego.

— No sé qué dices.

— Ni yo tampoco — replicó la de Fúcar inclinandose hácia Leon. — Creo que la alegría me ha vuelto demente... Noto en mi cerebro no sé qué de

(1) Publicamos este capítulo de la notable novela *La familia de Leon Roch*, aconsejando á los que no la conozcan lean este libro maravillosamente escrito, donde hay cuadros, como *El mayor monstruo, el crup*, de una verdad sorprendente. En el próximo número insertaremos un fragmento de la nueva obra *El Doctor Centeno*, gracias á la bondadosa complacencia del ilustre autor.

aberracion ó desquiciamiento... ¿Pero es verdad que tengo á mi hijita?... ¿Es verdad que conservo á este ángel para que me acompañe en mi soledad?

Miró á la niña, y acercándose despacio la besó en la frente con mucho cuidado para no turbar su tranquilo sueño. Cuando se volvió hacía el amigo, éste pudo observar una extraña iluminacion en los ojos de Pepa.

— Tú estás muy excitada — le dijo — debes acostarte y dormir un poco. ¡Pobre madre! Has padecido mucho desde anteanoche.

— Mucho — repitió Pepa. — He padecido mucho; pero no ha sido sólo ahora, sino ántes, ántes... Estoy familiarizada con el padecer.

— Cálmate... tienes calentura.

— Pues como decía — indicó la dama pasando bruscamente de una indecision sombría á una claridad sonriente — no olvidaré jamás aquellas palabras... «Señor, que no se muera Monina. Es lo que más amo en el mundo.» — ¡Lo que más amas en el mundo!

Leon bajó los ojos.

— Yo agradezco mucho que quieras á mi hija de ese modo — dijo Pepa pronta á llorar. — Al fin no soy sola quien la quiere... Eres un buen amigo, amigo mío desde la infancia... Siempre te he apreciado, y ahora más que nunca... En fin, al ver el interes verdadero, profundo, al ver esto, siento un deseo irresistible de romper un silencio que me ahoga, de quebrantar un secreto que no cabe en mí y decirte que...

Dejó caer desplomada su cabeza sobre el hombro de Leon y le regó con abundantes lágrimas, que callaba, torvo y reconcentrado en sí mismo. Parecía que Pepa lloraba sobre una piedra.

Un sentimiento de dignidad ó de pudor estalló súbito en el alma de Pepa. Incorporándose ruborizada, lanzó una exclamacion que parecía decir: «¿Qué estoy haciendo?... ¡Qué escándalo!»

— Pepa — dijo Leon, estrechándola cariñosamente una mano. — Tu niña se ha salvado. Yo me retiro.

En aquel momento sorprendióles á entrambos una voz fresca, argentina, angelical, una voz del cielo que gritaba:

— *Mama, mama...*

Pepa se la comió á besos, Monina resucitada pedía *chicha* (carne), *melutita* (merluza), *bichichi* (roast-beef), *cayamelo* (caramelos), *panimiteca* (pan y manteca), todo junto, todo á un tiempo, todo en gran cantidad, y despues de esto, no sabiendo más nombres, pedía *cosas*. Con esta palabra compendian los niños su insaciable deseo de pose-

sion. Es el vocablo sintético de su codicia y de su gula.

B. PEREZ GALDÓS.

BENEFICENCIA

CARTAS A UN DIPUTADO PROVINCIAL

SOBRE EL HOSPICIO Y LOS HOSPICIANOS

Carta primera

(ANTAÑO Y HOGAÑO)

El celoso Visitador á quien aludía en mi carta preliminar, ha debido ver y hallar cosas muy graves si juzgamos por el movimiento provocado en todas las regiones oficiales y no oficiales. El tiempo trascurrido desde el anterior número, ha dejado las cosas casi en el mismo *statu quo*. Una sola determinacion parece perfectamente á todo el mundo: la renovacion del personal, comenzando por el jefe del establecimiento, á quien no culpamos, si bien aparece como culpable. Cargos graves se han formulado en varios periódicos, como el que los celadores se ocupaban de servir á determinadas autoridades en vez del Asilo; que había faltas de ropas; que no brillaban algunos de los citados vigilantes por su cultura; que la correa era su *inseparable* compañera y cruelísima fustigadora de las pobres criaturas: hechos todos muy creíbles, dados los antecedentes nada simpáticos del Hospicio y las muestras que en más de una ocasion dan, hasta en público (dígalo si no nuestra distinguida amiga que nos comunica un hecho de este género), revelan que no hay exageracion en lo que *de público* se dice. Dejando para más adelante más particulares que tengo anotados, voy á tratar de poner de manifiesto que crueldades y desórdenes parecidos se lamentan desde tiempo inmemorial; siendo ahora, más que nunca, momento oportuno para que Ud. y sus dignos compañeros se cubran de gloria.

En 1849, un hombre virtuoso y caritativo tuvo la feliz idea «de educar (1) algunos hospicianos de Madrid por medio de la música al tenor del latín, que la supone capaz de hacerlo y de domesticar las fieras, y como había visto en Londres.

»Fué grande su sorpresa al ver entrar *dos cabos de vara* con las dos ó tres docenas de muchachos que había pedido. Hizo que se retirasen los cabos; pero hubo de arrepentirse luego, cuando uno de los muchachos, aprendiz de zapatero, en la misma escuela coral dió una cuchillada á otro con la herramienta de su oficio, dejándole medio muerto. Horrorizado con tan triste é imprevisto desengaño, hubo de suspender sus lecciones viendo, al ménos por aquella vez, fallida la regla: *Emollit, et mores non sinit esse feros.*»

En 23 de Abril de 1882, es decir, próximamente

(1) Elogio del Sr. Masarnau por D. Vicente de la Fuente, 1882.

hará un año, decían los periódicos políticos del día: «Esta tarde se suscitó una riña entre dos jóvenes asilados en el Hospicio Provincial, resultando uno de ellos con herida grave en la espalda, causada por una navaja. El agresor ha sido preso.»

Hemos puesto frente á frente estos dos hechos para demostrar que nos hallamos, respecto á buenas costumbres, en iguales circunstancias que el año de gracia de 1843.

Si en 1862 leemos una Memoria sobre ese asilo debida á la pluma de una ilustre escritora que colabora en esta Revista, veremos que decía: «hace dos años escribíamos: *colocaos á la puerta del Hospicio de Madrid*, y no *Entrad en el Hospicio*, porque, de pasar de la puerta, hubiera sido preciso denunciar hechos tan poco verosímiles, que la verdad hubiera pasado probablemente por una exageración.»

Entonces una persona de verdadero mérito que hoy ocupa un eminente lugar en política, el *marqués de la Vega de Armijo*, realizó grandes mejoras y dió notable impulso á la obra regeneradora de dicho Asilo; pero hoy los hechos en el orden moral, las faltas graves en el material, revelan que las cosas se hallaban *antaoño* como *hogaoño* se encuentran, salvo las indispensables variantes que la caridad ha impreso á fuerza de oro.

El mal depende en que *administrar* equivale á *gobernar* y *cuidar*, y no considerándose de este modo, siguiendo desavenidas la ciencia, que no transige con el abuso, y ese mal entendido mezquino ahorro que lima, perfila y copia, en limpio presupuestos (cuando lo hace), sin evitar que de oficinas afuera el mal crezca y se desarrolle á despecho de los mejores deseos de quienes, como Ud., se ocupan en serio de Beneficencia.

MANUEL DE TOLOSA.

EL HOSPITAL DEL NIÑO JESUS (1)

En Madrid, á pesar de haber tan grandiosos hospitales, no lo había para niños. Hoy le hay, y esta mejora se debe, como otras de caridad, á la mucha que encierra el corazón de la dama española.

Tras la tapia de la parte oriental del Retiro, en aquella ronda tan solitaria, que parece propia tan solo para rateros, enamorados, duelistas ó locos suicidas, álzase un elegante edificio, frente al cual, y para facilitar su acceso, se ha abierto en dicha tapia un rústico boquete, que debiera ya convertirse en verdadera puerta. Ese edificio es el *Hospital del Niño Jesus*, y es bien digno de visitarse; todo en él es interesante: su historia, su objeto, lo que en él se hace y hasta lo que falta hacer.

Débase su fundación á la iniciativa generosa é ilustrada de la duquesa de Santofía, que primero lo esta-

bleció en una casa del barrio de las Peñuelas, hasta que, tomando ya la idea mayores proporciones y la caridad mayor desarrollo, se acometió la atrevida empresa de levantar un edificio á propósito en el sitio indicado.

Es un hospital, y parece un palacio; es casa de pobres, y la asistencia es quizá mayor y mejor de la que tendrán en la suya algunos que pasan por ricos; es lugar triste de enfermos y de dolores, y tiene todas las condiciones materiales de alegría y bienestar; es, en fin, respecto á la materialidad del edificio, modelo de bella arquitectura cuidadosamente apropiada á su objeto, y en cuanto á su régimen interior es la perfección mayor á que un espíritu de caridad ilustrada puede llevar la existencia de los enfermos. El exceso de ese bienestar puede llegar á ser un verdadero peligro, que ¡ojalá lo viésemos en todos los establecimientos de su clase! y es que comprendemos la posibilidad de que los enfermos hagan algun esfuerzo, y hasta alguna disculpable ficción, para prolongar algunos días su permanencia allí, en vez del *alta del médico*, que suele ser el deseo natural de los asilados en un hospital.

Examinados en el del *Niño Jesus* los detalles de la vida que llevan los niños enfermos, se ve que allí ha presidido y *preside* en todo una grande inteligencia de la administración que de ello cuida, una acrisolada caridad y una generosa esplendidez, que no ha economizado gastos ni sacrificios.

Consta (ó constará) el edificio de 16 salas, capaces cada una de 28 camas, muy desahogadamente colocadas, cuyas salas están construidas segun el sistema moderno de pabellones aislados; de una espaciosa iglesia; de los departamentos y oficinas necesarias para el servicio, y de otros dos grandes pabellones, aislados tambien y situados en la fachada principal, á derecha é izquierda de la iglesia. Esos dos pabellones completan el objeto benéfico del hospital, pues sirven para la consulta pública, diaria y gratuita, una de medicina y otra de cirugía, á cuantos niños se presentan ó se llevan al hospital en busca de curación ó alivio, que puede obtenerse sin dejarlos en las camas. De este modo las familias no se desprenden de ellos cuando la clase de enfermedad lo permite, y allí, no sólo les ve el médico, sino que se les da gratuitamente la medicina que necesitan. A pesar de no ser todavía muy conocida esta ventaja y de hallarse realmente el hospital muy distante de los barrios pobres de Madrid, pasan de cincuenta ó sesenta los niños que suelen presentarse diariamente en la consulta.

Entrando en los varios departamentos del hospital se va de sorpresa en sorpresa, pero todas gratas, porque todo lo que se encuentra es admirable. Paredes revestidas del mejor estuco; pisos de limpias y hermosísimas losetas; camas, traídas de París, de un sistema nuevo de muelles, que es lo mejor que hasta ahora se ha visto en este género; colchones inmejorables; ropas de hilo, limpias y finas; vajilla de hierro con baño de porcelana, propias para niños; armarios-mesas para guardar la ropita de cada enfermo con separación; pequeños comedores con mesas de mármol contiguas á

(1) Circunstancias fáciles de comprender nos han vedado hablar del *Hospital de Niños* de Madrid. Hoy puede hacerlo por nosotros el Sr. Guerola, cuyo artículo publicamos con satisfacción y agradecimiento. — (La Redacción.)

cada dormitorio para los niños que pueden levantarse; ausencia completa de malos olores; el más exquisito aseo en todo, y por todas partes luz, ventilación, y hasta magníficos panoramas del campo, que se contemplan desde las ventanas, viendo por una parte las arboledas del Retiro, y por la otra las hondonadas del barranco de Abroñigal, los caseríos de la carretera de Valencia y las colinas que preceden al pueblo de Vallecas.

La cocina, por lo espaciosa, limpia y perfecta, parece cocina de palacio y no de pobres; el lavadero presenta las diversas máquinas que la industria moderna ha descubierto para hacer bien y pronto las diversas operaciones que exige la limpieza de las ropas, inclusa la de secarlas por un nuevo y rápido sistema. La botica con sus vastas estanterías, su laboratorio y sus depósitos, parece una de las grandes y mejores farmacias de Madrid, donde, en vez de mancebos, se ve, multiplicándose y haciéndolo todo, una respetable Hermana de la Caridad, que pudiera poner cátedra de Química y de procedimientos farmacéuticos.

Para todo esto hay dos médicos de visita, otros seis que hacen las guardias y diez Hermanas de la Caridad, parte francesas y parte españolas. Al ver lo que hacen y al hablar con ellas, es fácil comprender que si el santo instituto de San Vicente de Paul, con el trascurso de los tiempos, ha degenerado algo en alguna parte, no ha sido ciertamente en el Hospital del Niño Jesus.

Pero el que esto lea pensará, naturalmente, que todo está concluido y en servicio. Desgraciadamente, no es así. Sólo hay concluidas y en servicio cuatro salas, con más de cien niños y niñas, y las oficinas y departamentos generales, existiendo además almacenado un gran surtido de material para las otras salas. La iglesia sólo tiene las paredes y la cubierta, y en otros puntos del edificio se ven paradas las grandes obras que S. M. el Rey inauguró solemnemente hace dos años. ¡*Que lástima!* es la exclamación que naturalmente profieren cuantos ven cosas tan grandes y tan buenas sin concluir.

La causa de esa paralización es la supresión de las rifas, decretada en las recientes reformas de la Hacienda, pues esa supresión comprendió la popular y productiva rifa vulgarmente llamada del *Niño Jesus*, que tan conocida era en Madrid, y que, junto con los donativos personales de la duquesa de Santoña, constituía casi el único recurso del establecimiento; pues aunque hay además una pequeña suscripción es de resultados muy exiguos, y el sostenimiento de lo actual creemos se deba á la generosidad de la duquesa.

Verdad es que, al suprimirse las rifas que había á favor de los establecimientos de Beneficencia, el Gobierno quedó obligado á indemnizarles con una subvención; pero parece que la duquesa no ha querido hasta ahora aceptar esa subvención por temor á los derechos eventuales que el Gobierno se reserva sobre los establecimientos subvencionados.

Léjos de nuestro ánimo el dirigir censuras á quien sólo elogios merece, ni dar consejos á quien sabe muy

bien lo que más conviene; pero es tan necesario y urgente terminar las obras del hospital y ponerlo todo en servicio para la niñez, que nos parece preferible aceptar la subvención aun con aquel inconveniente, no tan grave quizá como se cree, que dejar las cosas en el estado en que hoy se hallan.

Como lo retirado del sitio donde está el Hospital del Niño Jesus puede ser causa de que muchas personas benéficas no lo conozcan, aconsejamos á esas personas que vayan á verlo, pues estamos seguros de que quedarán complacidas de la visita y nos agradecerán el consejo.

En cuanto á la señora duquesa de Santoña, á quien no tenemos el honor de conocer personalmente, y que ignora ciertamente que nos ocupamos de sus actos, justo es denunciarla al público como ejemplo laudable de una caridad ilustrada y fervorosa, y de cómo puede hacerse de la riqueza un uso el más útil y recomendable. ¡Ojalá tuviera muchos imitadores!

ANTONIO GUEROLA.

¡POVERA BAMBINA!

Á LA SEÑORA CONDESA DE LOCATELLI

Amiga mía: ¿Recuerda Ud. una noche en la Comedia qué conversacion tuvimos durante el primer entre-acto de la obra italiana *Così va il mondo?*

Usted se volvió con lágrimas en los ojos, mientras el público prodigaba á la precoz artista entusiasmas aplausos, y al verme inmóvil en el fondo del palco, exclamó sorprendida:

— ¿Pero Ud. no aplaude? ¡Y despues dirá que le gustan los niños!..

Confieso que sus palabras me desconcertaron. No sé qué la respondí; recuerdo que continué escuchando despues silenciosamente la obra, y en el tercer acto, cuando Gemma Cuniberti, con maravillosa intuición, frente á la batería, al oír la música que le recordaba su padre, expresaba con su infantil semblante aquella lucha, mezcla de dolor y de alegría, recorriendo su rostro la escala que empieza en el estupor y termina en la alucinación, sentí hondo estremecimiento, junté las manos, lancé un ¡*bravo!* entusiasta, y viendo claramente (á mi juicio) lo que aquel conmovedor espectáculo representaba ante un criterio de médico, dije á Ud.:

— Prometo escribir un artículo acerca de esta niña, que le dedicaré.

Y en efecto; volví dos ó tres veces al teatro; con más calma ratifiqué mis juicios, y una noche quedó consignada en el papel mi opinión desnuda y sin ambages. Pero hé aquí que, al lanzar tímidamente en conversaciones de entre-acto algunos de mis conceptos ante varios críticos, fué unánime el disentiimiento, el mismo periódico á quien destinaba mi trabajo empezó una serie de artículos ante los cuales era imposible presentar el mio tal como estaba, la prensa me brindaba con un desentono, y hasta Ud., que había vertido

lágrimas, parecíame al recordarla que imploraba clemencia... En una palabra, el tiempo pasó; mi carta perdió la oportunidad, su único mérito, y al escuchar de sus labios, irónicos reproches, más de una vez sentí vivos deseos de reproducirla — debo confesar que la rompí ó la extravié, lo cual, como es sabido, es mil veces peor — pues creía y sigo creyendo que con su publicación hacía una buena obra.

Hoy, una noticia que han publicado los periódicos me sirve de brioso estímulo para tomar de nuevo la pluma y dirigirla estas líneas, al propio tiempo agradables para mí pues las encabezo con su nombre, y tristesísimas, pues me afirman en mi creencia.

Esta era entonces, que Gemma Cuniberti, niña de unos diez años, rubia y delgada como un manojo de trigo, imagen simbólica en cierto modo, pues *ella sola* mantenía con su trabajo una compañía; aquella desmedrada pequeñuela tan hábil para representar las escenas dolorosas, poniendo, si me permite la palabra, en *carne viva* el corazón del espectador con sus gritos expresivos, tiernos, lanzados con una voccecita fina como el cristal, en que el sollozo casi siempre recubría y velaba esa risa desentonada y amplia propia de los niños; mirando con unos ojos lánguidos y tristes que convertían al cielo las pupilas y contemplaban después de la representación el ruidoso éxito con una muda y melancólica expresión que en vano procuraban endulzar los labios plegados en forzada y teatral sonrisa; moviéndose en las tablas natural y desembarazadamente, pero adivinando en lo perfecto del juego escénico ese profundo estudio que hace más de una vez automático lo que en un principio fué espontáneo; en una palabra, comprendiéndose el esfuerzo que debía suponer para una niña de sus condiciones aquellos prolongados ensayos, aquellas exhibiciones, aquel continuo estimular del tierno cerebro, aquella cruel perfidia del arte que obligaba á la sencilla inocencia á usar el lenguaje de la picaresca malicia, incitaban á todos — ¿por qué no confesarlo? — á decir con cierta dolorosa certeza: — «Esa niña no ha de medrar; esa pobrecilla ha de morir pronto.»

Y estas palabras que todos pronunciaban, eran para mí otros tantos motivos para que se despertaran en mi ánimo cuantos bondadosos sentimientos de protección hacía los niños inculcó en mí la bendita memoria de mi Madre, y me preguntara: «— ¿Por qué hemos de prohibir que un volatinero haga de su hijo un atleta ó un fenómeno, estirando los tiernos ligamentos del pobre-cillo, estimulando sus músculos con un trabajo exagerado, martirizando todo su ser en los violentos equilibrios de los ejercicios ecuestres ó en las espantables alturas de la maroma, cuando en pleno teatro vemos que se atormenta la memoria de una infeliz niña, se excita su precocidad, se castigan sus juveniles instintos y hasta se defraudan todas las legítimas esperanzas de un organismo ávido de vida y crecimiento, que empieza á atrofiarse, preparándose poco á poco, pero fatalmente, á descansar en una tumba prematura ó arrastrar una vida estéril, sin más patrimonio que unos laureles lacios y un cerebro exprimido, de sensibilidad estragada, que

ha arrebatado sus purezas al corazón como despoja un químico de sus perfumes á las más hermosas flores, en ese trabajo destilatorio lento, cuyo fin es impregnar de artificiosos aromas las vestiduras de la sensualidad?

Sí, por más que parezca y sea duro todo esto; ¡gozábamos sufriendo, pero no pensábamos lo que había sufrido aquella niña sin gozar!

Porque los aplausos no la podían satisfacer; al terminar un acto tenía que recogerse en el *camerino* y dejarse vestir y recordar la obra que aún le faltaba por representar, y verse convertida en una figurilla artística ante los admiradores y amigos que no sabían qué decir ni cómo expresar su entusiasmo en armonía con la *piccola bimba*. Y durante el día vuelta al trabajo, encerrarse en el hotel á estudiar, ir al teatro oscuro á ensayar... ¡Qué horrible vida!

Una joven y distinguida actriz que conoce bien á fondo esta existencia de angustias y sinsabores, y que por fortuna recoge no pocos laureos en compensación, regaló á su compañera una hermosa muñeca. ¡Qué bien comprendió las exigencias de aquella desgraciada niña!

El hecho que sigue demuestra la verdad de lo expuesto:

Gemma Cuniberti quiso suicidarse en el vapor *Umberto I*, procedente de Gibraltar, antes de llegar á Barcelona. «La causa de su desesperación — dicen los periódicos — fué el sentimiento que le produjo separarse de una amiga suya en Gibraltar. Gemma intentó arrojar al mar. Detenida á tiempo y preguntada por qué en edad tan temprana deseaba terminar la existencia, contestó que la causa era la que hemos indicado, añadiendo:

— *Così tutto sarà finito.*

Lo cual quiere decir en castellano: — «Así terminará esta vida de explotaciones, de angustias, de sufrimientos, de glorias forzadas...»

¡Povera bambina! ¿No es cierto, querida condesa?

¡Povera bambina!...

Suyo siempre,

EL DR. FAUSTO.

EL MEJOR MAESTRO

Nace el niño á la existencia,
É ignorante del destino,
Ve de su vida el camino
Con infantil impaciencia.
Todo lo quiere saber,
En todo marcar su huella,
Y en su mente se atropella
Cuanto alcanza el niño á ver.
Ansia de aprender le inflama
Lo que en el mundo se encierra,
Que es para el niño la tierra
Bellísimo panorama.
Cerca de él, por todas partes,
Seducen su inteligencia

Las conquistas de la ciencia,
 Las bellezas de las artes,
 Y en opuestas direcciones
 Ve pasar continuamente
 Turba infinita de gente
 Movida por sus pasiones;
 Ya entregada á la alegría,
 Ya dando al llorar tributo;
 Aquí la miseria y luto;
 Allá procaz osadía.
 Sombra y luz, fausto y pobreza,
 Cuadros que en constante afán
 Siempre fijos se verán
 En nuestra naturaleza...
 Con el labio aún balbuciente
 Y curioso con exceso,
 Pregunta entónces: ¿Qué es eso?
 ¿Por qué se agita esa gente?
 ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre allí?
 ¿Quién hizo lo que me asombra?
 ¿Cómo este objeto se nombra?
 ¿Quién puso este afán en mí?
 ¿Por qué, si busco, no encuentro?
 ¿Qué produce ese ruido?
 ¿Lo que es hoy, ántes qué ha sido?
 ¿Qué tiene ese objeto dentro?

 Tanto preguntar prolijo
 Sólo una madre remedia,
 Que es viviente enciclopedia
 Que de dudas saca á un hijo.
 Dulce y sencilla lección
 Á todos nos va instruyendo,
 Y así vamos aprendiendo
 Á usar de nuestra razón.
 Y como la madre cuida
 De fijar nuestros progresos
 Con sus lecciones y besos
 En la ciencia de la vida,
 Á la vez que el corazón
 Va amorosa alimentando,
 Poco á poco nos va dando
 Nuestra primera instruccion.
 ¡Bendita la profesora
 Que más al niño conviene!
 ¡Dichoso del que aún la tiene!
 ¡Infeliz del que la llora!

M. OSSORIO Y BERNARD.

PENSAMIENTOS Y FRASES

Instruye á un niño á su entrada por la buena vía,
 para que cuando envejezca no se separe de ella.

(SALOMON.)

La caridad se parece á un manantial inagotable, en
 el cual el agua brota tanto más fresca cuanto más se
 recoge.

(CARABALL.)

¡Oh, el amor de una madre! amor que nadie olvida.
 Pan maravilloso que un Dios distribuye y multiplica.
 Mesa siempre servida en el paterno hogar.

¡Cada uno tiene su parte, y todos la tienen por entero!

(VÍCTOR HUGO.)

Sólo hay dicha en un corazón que ama.

(A. PINET.)

Hay que amar los niños para comprenderles, y se
 les adivina ménos por la inteligencia que por el co-
 razón.

(SEÑORA NECKER.)

Una mujer que ame la paz, colmará á su familia de
 satisfaccion y de dicha.

(CONFUCIO.)

UN EPITAFIO

No hemos leído nunca palabras más conmovedoras y tiernas
 que las que copiamos á continuacion, tomada de una modestísi-
 ma lápida existente en una sepultura de uno de los cementerios
 más frecuentados de Madrid:

¡MADRE!

Cuando me postro aquí de rodillas,
 La piedra se diafaniza
 Y veo tu imagen:
 Cuando miro arriba,
 Los cielos se transparentan
 Y veo tu alma.

TU HIJO

A. R. DE P.

DICHOS Y HECHOS

Nuestra ilustrada colaboradora y distinguida amiga
 D.^a Martina Castells Ballespi, que ha sido el primer
doctor español de su sexo, ha contraído matrimonio
 con el jóven é inteligente médico D. Antonio Cons-
 tantí Bagés. Deseamos á los recién casados todo géne-
 ro de felicidades.

*
*
*

El Sr. D. Rafael Espejo y del Rosal, director de la
Gaceta Médica Veterinaria y nuestro amigo, ha tenido
 la desgracia de perder un hermoso nietecito. Le envia-
 mos el más sentido pésame.

Tambien ha experimentado una cruel pérdida en la
 muerte de su señor padre el conocido médico vitoriano
 D. Ramon Apraiz.

Finalmente, el arte tipográfico llora la falta de uno de
 sus más celosos é inteligentes miembros, el Sr. D. Ju-
 lian Gonzalez Conde, regente de la imprenta de *La*

Correspondencia, donde se imprimía LA MADRE Y EL NIÑO desde su fundación. Nosotros, que tuvimos ocasión de conocer cuán excelentes dotes adornaban á tan probo y digno amigo, cuya muerte, por cierto, nos ha obligado á cambiar de imprenta, nos asociamos al duelo que embarga á la Sociedad *El Fomento de las Artes*, donde fué presidente el finado, y á su apreciable familia.

**

Dice un periódico noticiero que en la tarde de uno de los pasados días de Semana Santa, una mujer que llevaba una niña de pecho en los brazos tuvo la desgracia de que fracturaran los huesos del cráneo á la pobre criatura en la iglesia de San Lorenzo.

Hé aquí una prueba bien clara de lo conveniente de los preceptos insertos en nuestro número anterior, uno de los cuales se refería precisamente á esta mala costumbre.

**

Son cada día más numerosas las cartas que recibimos. En la imposibilidad material de complacer á todos, iremos haciéndonos cargo y respondiendo las más urgentes. Sépanlo nuestros favorecedores, muy principalmente los que nos consultan determinados puntos referentes á la salud de sus niños.

**

Como nuestros lectores advertirán, las condiciones de nuestra Revista han mejorado mucho. Circunstancias completamente ajenas á nuestra voluntad nos han obligado á cambiar de imprenta, aprovechando este cambio para poner tipos elzevirianos y aumentar la lectura de LA MADRE Y EL NIÑO.

Y ya que de ella nos ocupamos, hemos de rogar más encarecidamente á nuestros compañeros en la prensa se sirvan citar el nombre de este modesto periódico siempre que tomen artículos de sus columnas.

**

Una distinguida suscritora nos ruega «llamemos la atención de la autoridad competente sobre el extraordinario abuso que presencié la tarde del Viernes Santo, y que demuestra bien claramente la falta de celo y cariño de uno de los inspectores del Asilo de San Bernardino. Al comenzar á pasar la procesion por la calle del Arenal, varias personas de las que ocupaban los balcones, deseando proporcionar un pequeño placer á los pobres niños del Asilo citado, empezaron á arrojarles algunas monedas de poco valor, que los niños se disputaban con afán. Los primeros inspectores presenciaron impasibles el alborozo de los niños. Pero, al pasar el último grupo de éstos, el inspector correspondiente descargó sobre uno de los pobres asilados un palo en la espina dorsal con tal furia, que el niño apenas pudo volver á andar, y varias de las personas que oyeron el ruido que el baston hizo al caer sobre la espalda del niño prorrumpieron en voces poco halagüeñas para el inspector. Como no tenemos el honor de conocer al Comisario del citado Asilo, nos valemos de la prensa para que procure reprender como se merece al ins-

pector que así maltrató al niño, pues hechos de esta naturaleza son por demás impropios de una capital culta, y atraen sobre el que los comete la indignación de las personas sensatas, que reprueban siempre se abuse de esa manera de la inocencia indefensa.»

Ante tan sensible como conmovedora relación, sobran los comentarios.

**

En los momentos de entrar en prensa el periódico, la Diputación discute acaloradamente asuntos referentes al Hospicio y al Hospital. De tales discusiones saldrán gananciosos los pobres. Nos ocuparemos de ellas con la necesaria prudencia.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

J. M. MARIANI.—*La disnea y su tratamiento, estudio experimental*.—El Dr. Mariani es uno de los jóvenes médicos de más porvenir y de más hermoso presente en la generación actual. Su último folleto, que la índole de esta Revista nos impide analizar, revela condiciones de escritor científico, de médico práctico y de experimentador concienzudo. Un nuevo lauro alcanzado y una modesta enhorabuena que añadir á las recibidas.

—LUIS PLANELLES.—*La Reforma Sanitaria*.—*Apuntes para el estudio del proyecto de ley*.—Trabajo hecho á conciencia es éste, que reúne además la excelente condición de estar ordenadamente expuestas las leyes anterior y proyectada. Es indispensable á todos los que interese la reforma sanitaria, es decir, á todos los médicos.

—*Colección de monografías nacionales y extranjeras*, Director Dr. Carreras Sanchis.—Primera monografía: CHARCOT, *Lecciones sobre las enfermedades de los viejos*.—Conocido el Dr. Carreras de cuantos se dedican á la Medicina, y celoso como el que más por el esplendor y riqueza de la literatura científica contemporánea, ha publicado una serie de monografías dignas de ser leídas por lo selecto del texto y la galanura de la traducción. Felicitamos cordialmente á nuestro queridísimo compañero por su empresa, que le ha de reportar seguramente honra y provecho. (Véase el anuncio.)

—DR. GOMEZ DE LA MATA.—*Estudio terapéutico de los medicamentos modernos*. Utilísimo á todo médico que desee estar al corriente de las conquistas de la Terapéutica contemporánea.

—J. ORTEGA MUNILLA.—*Pruebas de imprenta*.—*Cuentos y artículos*.—Un tomo de cerca de 300 páginas, 2 pesetas.

Hacer un encomio de Ortega Munilla, estilista afiligranado y castizo, sería repetir lo que todo el mundo sabe. Su último libro es una prueba más de lo variado de su talento y lo brillante de su imaginación. Sus cuentos y artículos tienen vivo color y gran realidad, á despecho de la envidiable fantasía que inspira á los primeros. Todos ellos encierran un profundo sentido, hacen pensar y son un nuevo triunfo que añadir á los que ostenta el popular escritor.

PERIÓDICOS. — *Gaceta Forense*, Madrid Cómico, *La Broma*.

Madrid: 1883. — Enrique Teodoro, impresor, Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8